



FACHADA DEL EX-MONASTERIO DE LA ESPINA

REAL MONASTERIO

DE SAN MILLAN DE LA COGOLLA Ó COGULLA.

El santuario que propiamente vamos á bosquejar, no existe; pero en cambio ahí estan sus ruinas, arrojadas como testimonio vivo de su grandeza pasada. La fábula, la superstición, el fanatismo ó la fe han arrojado sobre ella un manto de poesía ascética que absorbe muchos siglos há las creencias cristianas, y han realizado verdaderamente ese monumento tan elogiado en las crónicas nacionales de la edad media.

Hacia el S. O. de Nájera, y término de San Millan, y hacia la falda de los montes de San Lorenzo y Yubedas se observan unas ruinas postadas que se extienden largo trecho por el terreno, y que son restos del primitivo monasterio de Yuso, fundado en el año 537 por San Millan, según la tradición, y donde murió el mismo Santo en 574.

En su origen fué simplemente una pobre ermita solitaria, levantada, como queda dicho, por el piadoso anacoreta, y el motivo de la estension que adquirieron luego sus pobres dimensiones se explica suficientemente por una piadoso conseja tradicional, que á continuación transcribimos.

Un voto religioso de D. Sancho el II de Navarra hizo necesaria la extraccion del cuerpo del Santo en el año 1030, colocándose en el altar mayor, hacia el lado del Evangelio, donde permaneció hasta 1053, en que D. García, hijo y sucesor de aquel monarca, dispuso la traslacion del cadáver á Nájera.

Aquel acontecimiento atrajo numerosa concurrencia de fieles, y la ceremonia se ofreció desde luego rodeada de una solemnidad maestuosa. Los obispos de Calahorra, Pamplona y Alava con sus respectivos cabildos, los priorés de S. Sergio y de S. Pablo y los cleros de diferentes parroquias comarcanas con sus ternos y paramentos autorizaron juntos con el mismo rey las primeras ceremonias, de que se estendió acta testimoniada y feaciente, y á la cual se agregaron los sellos privativos de la corona y los de los prelados. Terminada la misa y colocado el cuerpo en una arca de cedro sellada con tres llaves que se entregaron á los tres ya mencionados obispos, fué puesta sobre un carro triunfal tirado por dos yuntas de robustos bueyes, que sin embargo solo pudieron conducir aquel peso tan leve un corto trecho, esto es, hasta la hospedería inmediata al santuario, desde cuyo punto fué inútil todo esfuerzo para estimular á los animales, que permanecieron como enclavados en aquel sitio por una fuerza misteriosa.

Hasta aquí la tradicion.

En aquel mismo sitio y por disposicion de D. García III, de quien vamos hablando, se fundó un suntuoso monasterio, cuya fábrica tardó en concluirse trece años y ocho meses, y en el cuál fué depositado el cuerpo del santo con gran pompa y solemnidad.

El órden de su construcción pertenecía al género compuesto, y su estension comprendia un área doble de 400 palmos castellanos, inclusa la línea volada que marcaba las dependencias hasta la portería. Como todas las casas abaciales de la edad media, estaba circunvalado este edificio por una tapia ó muro coronado de torreones, que flanqueaban sus ángulos salientes y daban un aspecto bélico al monas-

21 DE OCTUBRE DE 1855.

terio: fuertes canzorros, matacanes y almenas, accesorios, hospedería y ermitas de asilo y mendicidad, rodeaban la iglesia que elevaba las agujas de su campanario bizantino, dominando las demás obras y hendiendo sus cruces latinas la profundidad del vacío. Rodeaban al templo galerías arabescas con pretilos apoyados sobre grupos hacinados de columnas miliarias, cuyos capiteles truncados en la apariencia, sostenían el vasto cornisamento triangulado del pórtico. En cuanto al interior de la iglesia, faltos de detalles, solo podremos decir en globo lo que en este sentido hemos averiguado, es decir, que aglomeradas las reglas y sin tipo uniforme, presentaba una mezcla heterogénea de preceptos arquitectónicos, en que la exaltación del artista marchó desenfrenada por el campo de la fantasía sin reglas ni uniformidad, pero que en medio de todo resultaba el orden gótico, ese gusto clásico que prestaba tanta severidad y armonía a las construcciones religiosas de la edad media y que establecen tanta relación entre el materialismo humano y sus tradicionales creencias.

Un incendio que estalló cierta noche á tiempo que la comunidad se hallaba entregada al descanso, destruyó el edificio, cuyo suceso dicen fué obra de una cuadrilla de bandidos que trataron vengarse de esta suerte de las hermandades auxiliares del monasterio que días antes les dieran una sangrienta batida al mando del porta-estandarte Jofre de Mendhíl (*moñte de muertos*). Acaeció esto hacia fines del siglo XIII ó principios del siguiente, y poco despues la munificencia de varios señores, ayudados del erario y de la caridad pública, contruyeron á porfía á fundar el nuevo monasterio, tal cual se halla hoy. Sus proporciones son inmensas, y ostentan una suntuosidad grandiosa todos sus departamentos y dependencias, en términos que algunos por antonomasia han llamado á este convento el Escorial de la Rioja, en cuya especie hay mucho de exajeración. La parte claustral alta y baja no debió satisfacer á Felipe II, que en 1554 mandó darles mayor estension, confirmando al propio tiempo al abad el título honorífico de capellan del rey, de que impropriamente titulaba anteriormente por una corruptela rutinaria, y aumentando tambien el catálogo de sus inmunidades forales.

La moderna iglesia restaurada en 1642 y cuya obra tardó dos años en concluirse, es de una estension y uniformidad prodigiosas: comprende tres naves, cada una de las cuales parece una grande iglesia, cuya longitud es de 325 palmos por 150 de anchura, sin incluir las capillas claustrales pertenecientes á distintos órdenes de arquitectura, con bocetos, relieves y figuras grotescas. Doce inmensas columnas de basamento doble sostienen la fábrica del templo, desde cuyos capiteles juega el primoroso enlace de arcos, cuyos medios puntos trazan con arrogante maestría soberbias bóvedas estucadas con perfiles aéreos arquivadados y cornisamentos góticos.

En los claustros inferiores existen varios sepulcros, entre ellos el de D. Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya, y otros señores y caballeros de la nobleza española. Sobre esas tumbas veíanse en otros tiempos estatuas yacentes de marmol de Carrara, que eran prodigios del arte por su musculatura y proporciones anatómicas, y que han desaparecido por un accidente desconocido hasta hoy. Por último haremos mérito de la torre campanario, cuya altura mide 258 palmos y que es el complemento de ese atrevido santuario.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesía lírico-erótica de los provenzales.

ARTICULO OCTAVO.

Es una verdad triste, desgarradora, pero innegable. En vano buscamos restablecido el equilibrio en los hechos del mundo físico, en los hechos del mundo moral ó en los del intelectual. Es una ley necesaria de la naturaleza que así suceda y esta ley no nos ha dado á nosotros quebrantarla. Es á la par una ley histórica y por ella se explica el progreso de las naciones. El mal es la causa del bien y le sigue como la sombra al sol. La existencia del primero lleva consigo la existencia del segundo y es su natural antecedente. Si las naciones y los individuos estuviesen condenados á obrar siempre el bien ó el mal, no habría mérito en las acciones y quedaria suprimida la historia del hombre. Nada revela tanto la existencia de un Ser Supremo; nada encarece con mas fuerza la necesidad de una sancion moral; nada explica mejor las leyes que rigen á la humanidad y sus marcha sucesiva; nada prueba en fin con tan grande evidencia la debilidad de sus actos, como la falta de equilibrio que en el mundo se nota. Falta necesaria, indispensable, para que la actividad humana se estimule y

ejerza sin descanso: falta, en nuestro sentir, muy conveniente para que una vez que la humanidad ha puesto los ojos en el término de la via, no detengan su accion las amenas llanuras y no arredren su marcha las asperezas del empinado monte.

Mas, no hay para que dudarlo, es tan solo aparente, es ficticia, la falta de equilibrio en las acciones humanas. Esta falta no es jamás absoluta, total; es siempre accidental y efimera. Es el brillo de la flor que se marchita y deshoja á la caída de la tarde, y que renace á la mañana siguiente, mas bella y donosa, de su propia semilla. Es el fúnebre tañido de la campana que anuncia tristesísima agonía, perdiéndose entre los mil sonoros ecos que pueblan el espacio. Es un ¡ay! de dolor que ahogan continuos gritos de febril alegría; es un convidado que desprende la muerte de la sala del festin, sin que su ausencia se note y suspenda la bulliciosa algazara; es una ráfaga de viento que cruza el horizonte, y que no basta á enturbiar la serenidad del día; una mancha que se divide en el brillante disco del sol, sin que disminuya un punto su luz; una idea mala que toca apenas á la superficie de nuestro entendimiento, sin dejar huella alguna de su nocivo contacto.

El equilibrio en los actos del individuo, como en los actos de las naciones, existe, y muy cierto. Si no es un equilibrio inmediato, es al menos inevitable. No siempre ha de estar sereno el cielo, ni serena tampoco nuestra alma. No siempre hemos de estar envueltos en negro sudario de amargo dolor; ni siempre tampoco la alegría ha de irradiar fecunda en nuestros ojos, ni la risa asomar feliz á nuestros labios. No siempre nuestra inteligencia ha de alumbrarse por esplendorosas verdades, ni tampoco verse envuelta en aterradoras tinieblas. No siempre en fin, nuestro corazon ha de latir presuroso y ufano; á veces tambien sus latidos han de ser pausados y monótonos, como el lánguido mirar de un ojo que desfallece.

Lo mismo acontece en la vida de las naciones: igual fenómeno se repite en su marcha al través del tiempo y del espacio, en cumplimiento del destino que la idea de Dios les impusiera y su suprema voluntad les señalara. Los pueblos ejecutan, como en el gran círculo dentro del cual desarrollan su inmensa y fecunda actividad, lo que ejecutan, en el suyo mas reducido, los individuos y las familias ejerciendo la suya. La marcha de unos y otros está sujeta á iguales leyes. La misma regla preside á los hechos individuales y colectivos, generales y particulares. La ley de la familia es la de la tribu y la de la sociedad. El corazon y la idea del hombre, aisladamente considerado, es el espejo donde se reflejan el corazon y la idea del mundo. Si en aquellos se rompe y trastorna momentánea y circunstancialmente el equilibrio de los hechos humanos, y luego se restablece por completo é igualan los desiguales platillos de la balanza, en éste tambien se trastornan y luego se restablecen los hechos en que aquel se funda. El tiempo es la gran antorcha de la historia. Todo aparece claro y luminoso visto por entre los raudales de inmensa luz que sobre ellos derrama. No es solo el tiempo, la brillante y fecunda antorcha de la historia del individuo, del pueblo y de la sociedad, sino que es á la par su justísima é inapelable sancion moral. Es la explicacion mas satisfactoria y grande, aunque á veces tardía, de la influencia santa de la accion de Dios en la tierra. Es, en fin, la línea secreta y misteriosa que si no á los débiles ojos de la carne, al menos á las penetrantes miradas del espíritu, iguala los extremos opuestos de los actos humanos.

En el mundo antiguo, en las sociedades anteriores á la venida de J. C. el equilibrio entre el hombre y la mujer estaba roto. Y estábalo en el estrecho recinto del hogar doméstico y en el ancho espacio del pátrio hogar; en el círculo de la familia, y en el círculo de la tribu. No era la mujer, mujer, tal como la ha hecho el cristianismo y tal como ahora las comprendemos. Era un sér sin significacion, sin valor, sin importancia. Considerada dentro de la familia, en el sagrado recinto del doméstico hogar, en la modesta sencillez de la idea privada; su noble figura desaparecia por completo y se ponía al nivel del dolorido semblante de la esclava que ocupaba el dintel del aposento. Colocada al lado del marido, contrastaba tristemente su pequeñez, con la talla desmesurada y gigantesca de éste. Puesta en presencia de los hijos no adquirían sus exiguas dimensiones mayor elevacion. Carecia de derechos domésticos, como carecia de derechos civiles y á veces tambien de derechos naturales. Su presencia en la familia era, cuando no un estorbo, un mueble de lujo, un objeto de bazar, una prenda del ropage de su marido, que se podia vender, cambiar ó trasladar á otro. Retirada en los últimos aposentos de una morada, por lo comun de extraordinarias dimensiones, pasábase su vida, triste y melancólica, rodeada de oscuridad, si era pobre, si rica de sumisas esclavas, cuyo continuo llanto estimulaba el suyo y cuyos angustiosos gemidos, esparciéndose por los solitarios espacios de sus aposentos daban mas bien razon de la estancia de una mujer aprisionada, que de una esposa libre. Era el matrimonio un convenio individual y aparente, un trato momentáneo y de circunstancias, un pacto caprichoso ó lascivo que se disolvía y anulaba tan pronto como al marido le era molesto su cumplimiento. Era el amor de éste hacia aquella un amor

grosero y casual, un instinto ciego y desastroso, una pasión brusca y temeraria, un sentimiento abominable é impuro que duraba lo que duran los afectos y sentimientos que lleva encerrados en sus abrasadoras entrañas, ese fuego monstruoso que siente el hombre en quien solo domina el rudo instinto de la naturaleza, al aspecto de la desnuda belleza de la mujer. Desprestigiada y aniquilada esta, tanto en su parte moral é intelectual, como en su parte social, á los ojos del hombre, separada de su trato y familiaridad, y puesta al nivel de una cautiva; aislada en los aposentos mas distantes de los suyos y condenada á vivir en las ocupaciones mecánicas de las cosas domésticas; no teniendo mas roce con el marido que el roce puramente oficial y de tardía etiqueta; no viendo en éste mas que un dueño de su persona, un amo desapiadado é injusto, cuyas tiránicas voluntades y extravagantes caprichos era menester satisfacer y adular; no existiendo, en fin, entre los dos esenciales elementos de la familia, entre los dos fundamentos del edificio doméstico, entre los dos únicos orígenes de la vida privada del individuo, mas que un mútuo y secreto alejamiento, una idea de enemistad y odio, era imposible el equilibrio moral entre el hombre y la mujer de las sociedades antiguas. La vida del hogar doméstico, la vida íntima de la familia, la vida que se pasa, tranquila y serena, dulce y apacible, en el oculto recinto de tan misterioso santuario; esa vida en la cual toman parte comun todos los individuos que componen la reducida sociedad, el diminuto pueblo que se llama familia; esa vida en fin, claro espejo de otra vida pública, mas agitada y turbulenta, era desconocida en los tiempos de que hablamos.

Ya hemos visto lo que en ella hacia la mujer y el puesto inferior, y aun degradante, que le estaba destinado.

Todo lo que la vida de la mujer tenia en a sociedad antigua de oscuro y misterioso, lo tenia la del hombre de público y manifesto. El hogar doméstico le retenia pocas veces. Abandonábale desde la hora primera del día, como entonces se media el tiempo que tarda el sol en unir ambos horizontes, y volvía á él á la hora última. Aun frecuentemente dejaba se interpusiese la noche entre él y su solitaria morada. Los pueblos de la edad á que puso fin á la era cristiana, daban á la vida nocturna, aun en los hechos públicos, mucho mas tiempo del que nosotros solemos darle. El Foro ó el Agora, el Gimnasio ó el Liceo, la Academia ó los Termas, la via pública que les servia de paseo ó el Circo, los Templos de los Dioses ó las casas de los cómicos, histriones y mancebas, el teatro ó el campamento, eran los sitios donde se solia mas frecuentemente encontrar al ciudadano romano ó griego. Estos sitios de perpétuo bullicio, eran el lugar mas constante de su accion pública, de su vida colectiva y general. Parecian haber realizado los hombres de Roma y Grecia, como tambien los hombres de las sociedades orientales, con este género de vida en lugares á todos familiares y comunes, las teorías comunistas asentadas en las famosas repúblicas de Platon y Aristóteles. Mas que una sociedad de hombres y mujeres, tal como hoy día la vemos constituida, mezclándose unos con otros en deliciosa, grata y fecunda armonía, parecia aquel singular y esclusivo conjunto de seres masculinos, una sociedad que pretendia ser el reverso de la medalla, el *pendant* verdadero de la sociedad de Amazonas de Oriente.

Todo lo que á formar la vida secreta de la familia puede conducir; todo lo que á borrar distancias y desigualdades entre sus diversos miembros contribuye en la nueva y sublime organizacion que esta tiene entre nosotros; todo lo que á igualar al marido con la mujer y á ambos con los hijos, en un mismo sentido moral y filosófico, se dirige en la legislación cristiana; todo lo que á establecer un lazo de natural, misteriosa é indisoluble union, entre los miembros que componen la familia particular, tipo de la familia general, es considerado necesario, útil ó conveniente; todo esto y mucho mas aun se echaba de menos en la imperfecta y desastrosa organizacion de la antigua familia.

Un hombre y una mujer separados uno de otro por toda la distancia moral que puede calcularse entre la vida pública, agitada y turbulenta del primero, y el reposo forzado de la segunda; separados además por el espacio material, rara vez interrumpido ó acortado, que mediaba entre sus respectivas y habituales moradas, hacian de todo punto imposible que la mujer sintiese cariño hácia el marido, ó que por la mente del hombre se pasase la idea que era menester amar y respetar á la mujer. Y cuando ni el cariño ni el amor existen en la familia, tampoco hemos de hallarlos en la sociedad. En la sociedad antigua, pues, no se conocia el amor verdadero, el cariño leal, afectuoso, tierno, la pasión ingénuo y natural, esa pasión serena y tranquila, santa y misteriosa, fecunda en suavísimas dulzuras, en purísimas goceas, que los novelistas llaman amor platónico y que nosotros los admiradores del Evangelio, llamamos amor cristiano. De consiguiente, en la sociedad antigua no habia el necesario, el indispensable equilibrio, entre el hombre y la mujer. Era sin embargo menester que le hubiese y le hubo en efecto, cuando el hijo de Dios se hizo hombre y bajó á la tierra.

Ocasión es esta al parecer oportuna para esclamar con Virgilio al

medir la magnitud de la empresa de fundar la ciudad de Roma, águila suprema que debia, andando el tiempo, estender sus vastas alas para cubrir al universo todo.

¡Tanta molis erat romanam condere gentem!

Lo que decimos es cierto, muy cierto, tomado en su sentido lato y general. La mujer es un sér envilecido y despreciado en el mundo antiguo, sobre cuyo fondo regular y unido, descuella el hombre, y solo el hombre, como altanero cedro del Líbano se destaca sobre la cima de la montaña.

Lo que decimos respecto á la mujer es un hecho general que se manifiesta por todas partes, y como fúnebre estandarte parece envolver en sus anchos pliegues al mundo entonces conocido. Lo mismo en Atenas que en Roma; lo mismo sobre las floridas márgenes del Iliso, que sobre las sombrías riberas del Tiber; lo mismo en las fértiles llanuras que riegan el Indo y el Ganges, que en los amenos valles circundados de altas montañas, por do corren majestuosos, ostentando la cristalina pureza de sus olas, el Tigris y el Eufrates; lo mismo en torno á las ruinas de Palmira, de Persépolis y de Ecbatana, que á la sombra de las pirámides de Egipto y bajo los fuegos verticales que abrasan las arenas del desierto de Menon; lo mismo en los sitios donde murió Dido, que en donde fué arrastrado alrededor de inespugnables murallas el cuerpo del valeroso Héctor; lo mismo, en fin, entre las tribus errantes de los desiertos de Libia que aun no han entregado á Augusto sus sumisos estandartes para que los deposite en el templo de Jano, que entre los pueblos indómitos del Ponto y Capadocia, que pretenden con Mitridates contener en estrechos diques el impetuoso desarrollo de la pujanza romana; lo mismo en unos que en otros pueblos, sujetos al poder del Capitolio, la mujer del mundo antiguo no es mujer, ni esposa, ni madre, tal cual lo es en el mundo cristiano. Es una miserable esclava que ha de darse por satisfecha con una mirada de su señor; un sér despreciable á quien por compasión se otorga la vida para que á otros seres mas felices la venda ó prostituya; es una frágil caña que orla la via social y que puede romper cualquier pasajero sin temor de escitar ira ni enojo; es la copa que se arroja después de haber saboreado el licor; es la luz que se apaga con el soplo de la embriaguez después de haberse terminado la orgia; es en fin la mujer, en aquella sociedad de placeres lujuriosos y de febriles alegrías, la corona de flores que se desprende de la cabeza de los convidados y cae deshojada y marchita sobre las losas de la sala del festín.

La mujer se nos presenta en las sociedades antiguas tal cual la hemos bosquejado en un cuadro general y á grandes rasgos. Es la mujer de los tiempos anteriores al cristianismo. Es tambien la condicion de la mujer en Francia, Inglaterra, Alemania y Cataluña y todos los paises donde, en la edad media, edad bajo este punto de vista de execracion y odio, domina el feudalismo. Sin embargo, ni conviene ennegrecemos demasiado el cuadro, exagerando las tintas, ni entendamos por todo él, que esto seria grandísima injusticia, el color sombrio del mayor número de sus partes. No en todas, por fortuna, se nos aparece la mujer bajo tan misero, tan lastimero aspecto. No en todas es su estado tan desgraciado, tan triste su condicion, tan malhadada su suerte, tan adversa su fortuna. No por do quier está el horizonte que la rodea cubierto de negras nubes: algun rasgo de luz se divisa á lo lejos, aunque su débil resplandor aparezca como perdido en tan densa oscuridad. No siempre han de circundarla el pavor y el espanto, sin que una alma amiga venga á consolarla. No siempre el abandono é incertidumbre han de acompañarla y formar su pálida sombra en medio de su ruda peregrinacion: á veces ha de ofrecerse á sus entristecidas miradas, en la esterilidad del desierto, un solitario bosque que derrame sobre ella benéfica sombra, un templado oasis que la depare verde frescura y cristalinas aguas.

No siempre el corazón del poeta ha de oprimirse al sentir oprimido el corazón de la mujer antigua; no siempre ha de entristecerse el ingenio del filósofo al contemplar su bella y angustiosa figura descompuesta y aniquilada por los ultrajes de continuo dolor; no siempre el fuego de inspirado grador ha de apagarse al frio soplo que despiden su yerta boca; no siempre, en fin, ha de ser desgarrador, y cual ningún affectivo espectáculo, el contemplar á la mujer en las sociedades antiguas, sola, abandonada á si misma, aislada por do quier en el mundo de la idea y del sentimiento, en el mundo de la ciencia y del arte, en el mundo de la sociedad civil y política y en el mundo de la sociedad doméstica.

En medio de tantos pesares, de tantos sinsabores y amarguras como la rodean por todas partes en el mundo romano, en el mundo griego y oriental, grato es á nuestro corazón y consolador á nuestra inteligencia, hacer descansar, un instante siquiera, nuestras afligidas miradas en un rincón del universo que bañan al poniente las aguas del Mediterráneo; á quien sirve de Norte la dilatada cadena de montes del Líbano, do crece orgulloso el alto cedro; á cuyos pies se desarrollan majestuosas las anchas llanuras de la Arabia Feliz y que tiene á Pal-

mira, á Seleucia y á Babilonia, tres ciudades orientales de lujoso aspecto y de estensa mole, para que la preserven de los fuegos abrasadores del sol naciente. Ese rincón de simpático aspecto, do se posa tranquila nuestra abatida mirada, es el sitio que ocupa el pueblo hebreo.

Hay lugares aun mas felices para la mujer, donde con más dulzura y encanto la admira el historiador, la contempla el filósofo, la estudia el moralista, la canta el poeta y la retrata el pincel del inspirado artista. Sitios de imponente majestad, donde la mirada penetra y queda sumida en profundísimo éxtasis; sitios de grandísima estension que se corren, providencial y misteriosa cadena de naturales llanuras y primitivos bosques, desde el mar Caspio al mar Báltico, á lo largo del Danubio, del Elba y del Rhin. Pueblos, á quienes Julio César, Salustio, Tácito, Strabon y los demás historiadores romanos llaman rudos, incultos y salvajes, habitan estos lugares de noble, de tranquilo y sorprendente aspecto. En ellos todo es sencillo é ingenuo, todo tiene un aspecto de primitiva originalidad; el hombre y la naturaleza, el sentimiento y la idea, la ciencia y el arte, el semblante y la palabra. Los nombres de estos pueblos son muchos y muy varios. Llámense Francos los unos; Borgoñones los otros; Lombardos los que hoy ocupan el terreno conocido con el nombre de Baja-Austria y Tirol; Vándalos y Suevos los que asientan sus tiendas de campaña á los alrededores de la desembocadura del Vistula; Alemanes los que las asientan en las faldas de los montes donde nace el Danubio; Anglos y Sajones los que echan los cimientos de las cinco ciudades libres que bañan las aguas del mar de Alemania, punto de embarque de los pueblos germanos de la edad antigua y emporio del comercio del Norte de Europa, que rivaliza con el del Mediodía, con el de Génova, Pisa y Florencia, en los de la edad media. A estos pueblos, de diverso nombre, aunque de comun origen, siguen otros pueblos que la historia conoce bajo el nombre genérico de *Barbaros de Europa*, y que moran en el estenso terreno que se corre desde la cadena de los montes Ourals hasta los mares del Norte y Báltico. Este terreno se llama Germania y Germanos los pueblos ó tribus que sobre él asientan sus tiendas. A estas naciones siguen tambien otras naciones llamadas *Barbaros intermedios*, y á estas otras, y otras, dichas *Barbaros de Asia*, hasta completar la cadena de tan anchos y gruesos eslabones humanos forjada, y que hemos indicado estenderse desde las yertas márgenes del mar Caspio y solitarias riberas del Ponto-Euxino, do llora Ovidio, hasta el nebuloso mar de Alemania, cuya soledad solo de vez en cuando interrumpe algun nauta normando que canta la melancólicas endechas de Odiño al siniestro fulgar de boreal aurora.

(Continuará.)
ANTONIO DE AQUINO.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

VIII.

EN LA FLORESTA.

Iba una hora que el rey y Reginold, galopaban uno al lado del otro sin decirse una sola palabra.

La tierra estaba cubierta de hojas marchitadas, por las lluvias de otoño. El horizonte se estrechaba mas y mas en derredor de ellos, á medida que iban internándose en la floresta de Peipus, que termina en el gran lago de este nombre. Solo se oía de vez en cuando el bufido de sus vigorosos caballos, ó el ruido de algunas piezas de hierro del arnés, sacudido demasiado vivamente por aquella rápida carrera. ¿Dónde iban así en una direccion que no indicaba un gran conocimiento de aquella inmensa floresta, de muy mala reputacion entre los honrados viajeros, libonienses, rusos y alemanes, que la atravesaban para su comercio?

—Señor, dijo Reginold, en la primera parada que se vieron obligados á hacer en una encrucijada, creo esta selva poco segura.

El rey, enjugándose la frente con la manga de su vestido de tela azul, contestó:

—¿Se ocultarán ladrones en ella?

—Muchos.

—Atacan de frente.... dejémosles venir.

—Lo que yo temo por vos, es á los que ataquen de costado.

—¿Qué quieres decir?

—Estamos en guerra, señor.

—Lo sé muy bien, por mi parte.

—Esta floresta está ocupada por los rusos, hay ochenta mil en las cercanías de Narva; podrían muy bien haber llegado hasta aquí, tropas de merodeadores.

—¿Para robar gallinas?

—Vos seriais una bella gallina, señor; valdríais todo un gallinero, la que os cogiese por las alas y os llevase á Pedro Alexiowitz. Creo, pues, que sería prudente cargar nuestras pistolas, antes de volver á emprender nuestra carrera.

—Cárgalas, puesto que crees que los rusos que jamás me han visto, podrían reconocerme...

—Señor, repuso Reginold, cargando las pistolas de Carlos XII, y las suyas; los rusos son muy astutos, conocen vuestro génio aventurero tanto como vuestro rostro. Estamos en guerra con ellos, como acabamos de decir. ¿Qué cosa mas natural que el que hayan esparcido sus emisarios; ignoran ellos que vuestra flota, está anclada en Pernaw...?

—Supongo que no.

—¿Qué vuestro ejército ha desembarcado ya?



(Aventuras de un loco coronado.)

—Tampoco. Pero aunque fuesen cien veces mas finos, les desafío á que adivinen que el rey de Suecia, sin otra escolta que la de su fiel amigo Reginold, atraviesa solo en este momento la floresta de Peipus para....

—¿Para qué? señor, porque aun no me lo habeis dicho, preguntó Reginold.

—¿Para qué?... Para satisfacer esa necesidad de espacio que me devora, para complacer á ese desprecio del peligro de que no puedo curarme, para obedecer á ese impulso que espermentaron Alejandro y César, el primero cuando tocó el suelo de la Persia, y el segundo el de las Galias. Su ejército los creyó perdidos.

—Vuestro ejército tambien os creará perdido, dijo Reginold sin pensar en la lisonja.

—Será la única semejanza que podré tener en mi vida con Alejandro y César, respondió Carlos XII suspirando con tono sincero, porque toda su vida tuvo una modestia que rayaba en pudor. Pero á caballo...

—Apoyaba Carlos XII la punta de su bota en el estribo cuando una bala pasó silvando entre él y Reginold.

—Señor, una bala.

—Sí... las conozco desde mi desembarco en Copenhague.

—¿Querrán vuestra vida?

—Tal vez vuestra bolsa, reposo el rey, viendo y añadiendo: no deshonremos á los ladrones.

—Emprendió de nuevo el galope, pero atravesando una call ta

estrecha que Reginold no pudo hacer que su caballo siguiese al del rey.

—El confidente estaba muy inquieto desde el tiro de mosquete dirigido á Carlos XII. A aquella ansiedad se unia en él la tristeza de que la caída de la noche vino á cogerles en medio de aquella floresta sobre la que bajaban montañas de nubes sombrías y heladas. Solo se consoló un poco cuando vió que la calle ensanchándose concluyó en una especie de llanura desde donde pudo descubrir el cielo y el horizonte, aun cuando uno y otro estuviesen bien velados por la niebla. En el centro de aquella llanura, deteniendo Reginold su caballo sin orden del rey djo á Carlos XII.

—Señor, os suplico que hagais cesar mis inquietudes ó que al menos las disminuyais.

—¿Qué nuevos temores te asaltan?

—Aquel tiro de mosquete ha justificado demasiado mis aprensiones, otro segundo tiro puede obtener el resultado evitado en el primero.

—¿Sabes algun medio de ponerme al abrigo de las balas

—Enteramente no; pero si es el rey lo que quieren, quitemos á vuestros asesinos el medio de distinguirse de mí.

—Pronto no distinguirán nada, la floresta se va tornando negra como boca de lobo.

—No importa, señor, por otra parte quien sabe si mañana nos encontramos aun en ella? Si alguna guia no nos indica el camino temo que así sea. Permitid señor que os proponga el que cambiemos de vestidos.

—¡Bueno! para que te maten en mi lugar... Dejemos eso y sigamos corriendo. De todos modos la tempestad va á estallar... ¿Oyes? La floresta gime, las ramas barren la tierra...

—Señor, no daré un paso mas si no consentis en hacer lo que os propongo.

—Mi voluntad...

—Señor, vuestra vida es antes que vuestra voluntad.

—Reginold, quieres una cosa poco digna de valor.

—Tendreis, señor, otras muchas ocasiones de haceros matar sin esta la menos gloriosa de todas...

—Convengo sin trabajo... Reginold, hagamos un arreglo.

—Con tal que ponga vuestra vida á salvo, lo acepto.

—Dame tu traje y toma el mío. ¿Estás contento?

—Casi.

—¿Cómo! ¿no te basta eso?

—Ahora deseo, señor, que cambiemos nuestras corbatas. Yo la llevo amarilla y vos la lleváis negra...

—¡No! ¡no! dijo el rey; hé ahí precisamente el arreglo que yo proponia. Consiento en ponerme tu traje negro y en darte el mío, que es azul, pero quiero conservar mi corbata.

—Señor, no hay nadie en Europa mas que vos que lleve al cuello una corbata negra.

—Pues no me la quitaré. Basta que no tenga ya ese vestido azul para que sedude en reconocerse...

—Pero no harán mas que dudar...

—Vamos, Reginold mío, no aguardemos la explosion de la tempestad en esta llanura de donde mas tarde nos será imposible salir.

El rey con su nuevo traje habia emprendido de nuevo el galope dirigiéndose hácia un punto de aquel vasto círculo de árboles, trazado en torno de ellos, y que á lo lejos no presentaba salida alguna. Si saldrían de allí no lo sabian, porque bien pronto, uniéndose la noche y la tempestad, hubiera sido difícil á un viajero habituado á atravesar aquella floresta decir dónde se encontraba.

Conviene decir, sin ir mas lejos, en aquella floresta poco segura, cómo era que Carlos XII y Reginold la recorrían así.

La flota sueca, después de haber dejado á Copenhague, habia entrado en el golfo de Riga, en Libonia, y habia desembarcado en Pernaw dieciséis mil infantes y casi cuatro mil caballos. Aquel ejército estaba destinado á librar la ciudad de Narva sitiada por el Czar de Moscovia, mas tarde Pedro el Grande. Ningun lector ignora que Narva está en Ingria, y que Ingria es una provincia rusa que pertenecía en otro tiempo á los reyes de Suecia.

Apenas desembarcado, se habia lanzado el rey sobre un caballo, y seguido de Reginold habia ganado la floresta de Peipus con aquella fiebre conquistadora de que se habia visto acometido el mismo Napoleón cuando tocó por primera vez el suelo ruso. Es una especie de primera entrevista entre el conquistador y la conquista, cuyo velo quiere ser el primero á levantar. Pero el viento Norte, la niebla gris, el frío redoblaban sus esfuerzos encarnizándose entre sí, y todos contra la floresta removiéndola, levantándola y dejándola caer como un haz de secas ramas. Llovian hojas, pedazos de ramas trunchadas y copos de nieve en abundancia.

(Continuará.)

LELIA.

BALADA.

A mi apreciable amiga la Srta. doña Cristina Arriera.

I.

En un pequeño pueblo de la costa del Mediterráneo se levanta una humilde casita donde habitaban unos honrados pescadores, conocidos con los nombres de Anselmo y Feliciano.

II.

Lelia era el fruto de su entrañable amor. Lelia tenia el semblante de un ángel, sus ojos brillaban como el sol en las nubes de Occidente.

III.

Su talle airoso como la palma, la ligereza de sus piés en la danza, su habilidad para tañer la citara y la gracia con que entonaba las canciones maritimas, cautivaban la atencion de los ancianos, la admiracion de sus jóvenes compañeras y el amor de los festivos pescadores.

IV.

Muchos le ponderaron su cariño, pero Lelia cerraba sus oídos á las frases de amor. Su corazón estaba satisfecho con la ternura de sus amados padres y el cruzar en su barca el espumoso mar al caer de la tarde, sus cantos y sus bailes, distraían su alma brindándole verdadera felicidad.

V.

Entre todos los pescadores se distinguía Julio por el aspecto dulce y melancólico de su semblante, por la expresion de sus ojos y el acendrado amor que profesaba á Lelia. Mas de una vez le confió con sus tiernas miradas y sus frases los sentimientos que abrigaba, y Lelia al escucharle sentia conmovirse su alma como si escuchara una música ignota, celestial, pero no por eso dejaba de tratarle con desdén.

VI.

El tiempo y la constancia lo pueden todo y Julio vió realizarse su esperanza. Al fin la joven no pudo disimular sus sentimientos y la llama del primer amor encendida en su pecho necesitó de los lábios para arrojar el fuego con que le abrasaba. El corazón de Julio comprendió, el de la joven y los dos se jugaron eterna adoracion.

VII.

El pescador Ramiro que escuchó la confesion de los tiernos amantes y que amaba á la hija del venerable Anselmo, sintió arder en su pecho el terrible volcan de los celos y desde entonces comenzó á maquinare la destruccion de los felices lazos que estrechaban sus corazones.

VIII.

Julio y Lelia, se veían cuando al ponerse el sol la oscura noche desplegaba su encanto sobre el cielo, y la luna que rielaba en el mar era testigo de sus juramentos, depositaria de sus confianzas y protectora de sus amores.

IX.

Los padres de la joven conocieron su pasión acogiéndola con el mayor placer. Este consentimiento, que llenaba de dicha á los amantes, encendia mas y mas en Ramiro el deseo de venganza.

X.

No dejaba pasar la menor ocasion de turbar la ventura de los enamorados pescadores. Con mil ardidés, aunque encubierto con el manto del misterio, procuraba inspirar recelos á sus ancianos padres.

XI.

Pero todo era en vano: las virtudes de Julio y el entrañable amor que profesaba á Lelia aumentaban cada dia el cariño, que no solo ellos sino cuantos le conocían le profesaban.

XII.

Al ver lo infructuoso de sus planes, busca nuevos recursos y hace llegar á los oídos de Lelia que su amante falta á sus juramentos: para lograr su fin se vale de cuantas tretas puede finjir una imaginacion avivada por el huracan de los celos. Mas nada lograron sus infames artificios. Lelia escucha de los lábios de Julio la expresion de su amor y sus frases son verdaderas, son hijas de su alma, porque así lo manifiestan su sencillez y sentimiento.

XIII.

Su amor crece á medida que el tiempo en su carroza tirada por las horas, camina rápido hácia la eternidad, se aumenta con las dudas que nacen y espiran en los corazones de los dos enamorados.

XIV.

Julio posee dos barcas perfectamente pertrechadas y es además ahijado de una rica señora que le ama como á un hijo.—Julio no tiene padres; los perdió siendo niño y quedó bajo el amparo de su madrina y protectora.

XV.

Mas de una vez le ha aconsejado que trocase el oficio de pescador por la carrera de las armas ó cualquier otro oficio; pero Julio desoía sus consejos. Sus padres fueron pescadores; su herencia eran dos lanchas, y el hijo debía disfrutar la herencia de sus padres.

XVI.

Lelia por otro lado contaba con su pequeño ajuar y algunos ahorritos que sus padres le destinaban; pero poseía la joya mas estimable, el tesoro mas grande que puede desearse; un alma pura, virtuosa; un alma de ángel, en fin.

XVII.

Julio se decide á pedirla á su padre por esposa. Llega á la habiccion en donde están los venerables ancianos, les manifiesta sus deseos y mira con el mayor placer colmarse su esperanza. Los padres de la jóven le conceden licencia para sus bodas. Besa el dichoso pescador su mano en señal de reconocimiento y sale presuroso de aquel sitio. Su alegría necesita expansion, aire.

XVIII.

Corre á buscar á su madrina; cuéntale el triunfo conseguido y parte á la ribera donde está su adorada. Lelia no ignora su felicidad. Verse, espresarse sus sentimientos, disfrutar de una inmensa alegría y bendecir á Dios todo en silencio, es obra de un instante. En aquel momento sus almas se tocan mas de cerca... su ventura comienza á ser mayor.

XIX.

La nueva se difunde por el pueblo, llega á Ramiro, y al escucharla tiembla de coraje. No, esclama, no verán realizarse sus deseos, lo juro por mi vida.

XX.

Parte del sitio donde se encuentra, se dirige á la playa, llega, convoca á varios pescadores despreciados de Lelia, refiéreles la union que va á verificarse, enciende en su pecho la hoguera de los celos, inspira les el odio y los apresta á la venganza.

XXI.

Entretanto Lelia y Julio sueñan con el dichoso porvenir que se ofrece á sus ojos, y mil y mil imágenes de ventura deleitan su corazon sencillo y virtuoso.

XXII.

Ramiro acuerda con sus amigos los medios de venganza... sus ojos centellean... su corazon late con violencia; en su rostro se pinta la ansiedad.

XXIII.

Apenas el crepúsculo ostenta sus variados colores, se ven votar al agua algunas lanchas. Una de ellas conduce á Lelia, que sale como siempre á echar la red y buscar el sustento á sus ancianos padres. Otras alegres pescadoras, imitándola, se lanzan á las movibles aguas.

XXIV.

El cielo se ha cubierto de oscuras y preñadas nubes que enturbian los brillantes colores del crepúsculo y ocultan la misteriosa claridad de la luna... La mar crece, el cierzo hinche las velas, impele con mayor celeridad los pequeños esquifes y azota el espumoso oleaje contra las escarpadas rocas.

XXV.

Julio va á lanzar su barquilla; pero la voz de Anselmo le detiene. Corre, hijo mio, dice, corre y devuélvenos á nuestra amada hija. Una de esas tempestades frecuentes en otoño amenaza con intensidad y es poco para resistirlo en el mar una endeble barquilla. Corre y volved al punto.

XXVI.

Julio arroja su esquife á la rugientes ondas y boga con destreza y rapidez. Apenas ha cortado con el timon la espuma cuando resuena

en la celeste bóveda un espantoso trueno y comienza á desprenderse de las nubes una copiosa lluvia que azota el viento con violencia, la barca se vé y se pierde entre las olas, y vuelve á aparecer: Anselmo se cobija bajo el techo de su morada, la inquietud se retrata en su semblante.

XXVII.

Brilla un relámpago á cuya claridad se descubre el espacio del mar. Retumban en la cóncava esfera un trueno y otro trueno, el igneo rayo se precipita desde la etérea cumbre á las revueltas aguas y se sepulta en liquido seno, las centellas serpean, los cabellos del ángel de la tempestad agitados por el aguillon se estenden por el espacio y oscurecen el azulado color del firmamento... Julio boga... Lelia ha torcido el timon de su esquife y se encamina hácia la playa; con la oscuridad no ha divisado la barca de su amante que ha pasado á su lado.

XXVIII.

Cinco barcas siguen con rápido hogar la de la triste Lelia. En tanto sus afligidos padres temen por su tardanza é invocan á la Virgen para que la liberte de la furia del mar.

XXIX.

De pronto el esquife de la amante de Julio encuentra una barrera: no puede adelantar un solo paso; Lelia se estremece, ve saltar á su barca un bulto y reconoce á Ramiro. A su vista no puede menos de lanzar un grito que se pierde entre el rumor de las olas y los vientos. Julio vira el timon de su lancha buscando á Lelia por do quiera, pero Lelia no parece y el enamorado comienza á inquietarse.

XXX.

Otros tres cómplices del infame Ramiro penetran en la barca y ayudan á Ramiro á llevarla á la suya. Lelia quiere gritar; pero ahogan sus gritos con una cruel mordaza.

XXXI.

Uno de los cinco pescadores ha dejado á sus compañeros, encaminándose á la orilla, y al mismo tiempo que Lelia padecía, llegaba á la morada de sus padres... Llama, y el golpear de su mano en la tosca madera inunda de alegría á Anselmo y Feliciano.

—¡Ya está ahí! ¡ya está ahí! esclama la anciana pescadora corriendo á abrir la puerta. Apenas la abre retrocede; no es su hija; su goce se ha trocado en temor.

XXXII.

—¿Qué queréis? pregunta al pescador.
—Perdonad, le responde; he venido á anunciaros una grave desgracia.
—¿Cuál? decidmela pronto.
—¿Conoceis á Ramiro?
—Sí.
—¿Sabeis que amaba á vuestra hija?
—Sí.
—¿Y que ella no le corresponde?
—Cierto.
—Pues bien, os la ha robado.
—¿A mi hija?
—Sí, la esperó, la arrancó de su barca y los vi desaparecer.

XXXIII.

Aquel pescador era bueno, y aunque impulsado por Ramiro en el momento de perpetrar el rapto, abandonó á su amigo y fué á dar parte á los padres de Lelia. Su conciencia le aconsejó, y pocas veces la conciencia nos engaña en lo que debemos hacer.

XXXIV.

—¡Me la han robado! dijo la tierna madre al escuchar tan infausta noticia; ¡me la han robado! ¡ah! corred, alcanzadla, alcanzadla.
—Me parece escusado; además, la tempestad amenaza consumir las embarcaciones.

Os daremos todo cuanto queráis, cuanto poseemos, dice Anselmo que ha escuchado la nueva, pero si no yo iré, yo iré, qué me importa la tempestad, mi hija! mi hija!

XXXV.

El mensajero desaparece.—Anselmo corre á la playa, olvida sus achaques, sus años, láuzase al agua en una lancha y corre presuroso sin saber qué camino ha de tomar; su dolor le da fuerzas, sus remos cortan las ondas con suma rapidez.

XXXVI.

Ramiro conduce en su barquilla á la inocente y desgraciada Lelia, los pescadores sus amigos le abandonan, el acento de la tempestad los

estremece.—La joven está desmayada. El infame raptor voga mar adentro llevándose su preta.

XXXVII.

Las rocas se le figuran otros tantos verdugos dispuestos á castigar su crimen, el ruido de las oleadas le asusta, el trueno le horroriza, quiere apagar con su soplo el resplandor de los relámpagos para que no descubran en su frente el sello de los réprobos.

XXXVIII.

Vuela, vuela, barquilla dice el padre de Lelia.—Vuela, repite Julio, bogando con vigor: los dos caminan cerca el uno del otro, Julio le lleva cien pasos de distancia.

XXXIX.

Lelia, vuelve en sí, rompe las ligaduras que la oprimen y comienza á gritar, sus gritos se confunden con el fragor del trueno, el rumor de las olas y el ruido de la lluvia.—Ramiro quiere sujetarla de nuevo, pero no puede, necesita remar, si cesa su barquilla va á ser juguete de las olas.

XL.

Lelia cobra valor, grita de nuevo y se lanza á las aguas: antes que ser de Ramiro prefiere sepultarse en su seno... El oleaje la sostiene, grita y su voz llega á oídos de Julio.—Julio la responde y la anima, el acento de Julio llega á oído de Anselmo. Julio desea hallar á Lelia, Anselmo á Julio.

XLI.

Apenas Lelia se ha lanzado á las aguas, brilla un relámpago y retumba el trueno. Ramiro va á seguirla, pero las voces de Julio le detienen y viéndose perdido se aleja con rapidez de aquel paraje.

XLII.

Julio ha visto con el resplandor á su amada luchando entre las olas á muy corta distancia; llega, la encuentra próxima á perecer, la salva y la conduce en su barquilla; la tempestad se aleja acreciendo en fragor... la luna asoma temerosa sobre un grupo de nubes.

XLIII.

Julio prodiga á Lelia los mas tiernos cuidados, enjuga sus vestidos con una manta y boga hácia la orilla.—Julio ignoraba cuanto habia pasado, no abrigaba en su pecho el menor deseo de venganza y habia salvado la joya de mas precio para él, su triunfo era completo. Julio se consideraba el mas feliz de los hombres.

XLIV.

Su barca se encuentra con la de su padre: Anselmo se precipita en sus brazos... la has salvado, hijo mio, la has salvado. Dios te bendiga, dice, y las lágrimas resbalan por sus mejillas... Lelia estrecha á su padre... la tempestad se oye mas lejana, la luna muestra su claridad con mayor fuerza... los oscuros nubarrones se disipan.

XLV.

—¿Y el infame Ramiro? pregunta Anselmo á su hija.

—Oh! vos sabéis responde... Pude salvarme de sus manos arrojándome al agua... quiso seguirme, mas al oír las voces de Julio tembló y huyó.

Julio estraña las frases de su amada, ella le refiere cuanto le ha sucedido, su semblante se entreciende, quiere seguir al malhechor, pero su padre le disuade y los tres se encaminan hácia la playa.

XLVI.

Llegan, su madre los espera, al verse reunidos su alegría es inmensa, póstranse allí sobre la arena y bendicen á Dios... las horas de dolor se truecan en horas de placer.

XLVII.

—Poco despues se celebraban unas bodas en la iglesia del pueblo. Una jóven hermosa caminaba al lado de un gallardo mancebo. Detrás iba un numeroso séquito. Aquellos jóvenes tan felices eran la terna Lelia y su adorado Julio.—Ramiro no volvió á parecer.

XLVIII.

Ramiro habia hallado castigo de la justicia del pederoso. Un rayo le consumió con su barquilla... Todavía cuando ruge la tempestad, se mira alzarse de entre las aguas una sombra que vuelve á hundirse. Los pescadores nunca pasan por el sitio donde aparece y si descubren la sombra desde la playa, retroceden horrorizados y se guarecen en sus albergues. Aquella sombra es el alma de Ramiro condenada á vivir padeciendo eternamente.

S. J. NOMBELA.

EL JUICIO FINAL.

POR

EMILIO BLANCHET.

XIV.

¿Y cómo pudo á fin tan espantoso,
Oh creación, tu autor abandonarte?
La suave luna, el sol esplendoroso,
Las flores con que usabas perfumarte,
El bosque murmurante y majestuoso,
Aves, diestros cantores sin el arte,
La sublime cascada, el claro río,
Un fin no merecían tan impío!

XV.

Mas eras ¡ay! del hombre la morada,
En ti exhaló su aliento emponzoñado,
Y quedó tu hermosura deslustrada,
Y su obra cara vió el Señor airado.
Así rica mansion dejó manchada,
Traidor valiente en lides renombrado,
Y su señor, henchido de nobleza,
Dió á las llamas su espléndida belleza.

XVI.

Oh! qué luz tan hermosa, tan brillante,
La creación de súbito ilumina!
Tu lumbre, oh sol, mas bella y fulgurante
De compararse á esta no era dina.
Jamás caudillo al retornar triunfante
De la empresa mas alta y peregrina,
Con música cual esta tan pomposa
Engalanó su entrada majestuosa.

XVII.

Digna enseña del rey de la dulzura,
Tiende la cruz los brazos bienchoreos
En la region de espléndida hermosura,
Los astros ostentaban brilladores.
Signo un día de oprobio y de tortura,
Solo de un Dios la sangre y los dolores
En árbol convertirla consiguieron,
Do vida y luz los hombres recibieron.

XVIII.

Por fin descende el celestial cordero!
Oh! cuán serena, cuán gloriosamente!
Tal como el astro de la luz venero,
Cuando torna el ocaso refulgente!
En pos destienden los que á un mundo fiero
Mostraron en suplicios su fé ingente,
Y la legion angélica y gloriosa,
Que del triunfo en el júbilo rebosa.

XIX.

Salve, Jesus, oh divinal consuelo,
De la mas dura y borrascosa vida,
Al corazón que postra horrible duelo
Esperanza dulcisima y florida!
Al proletario que no vé en el suelo
Mano auxilante de piedad movida,
Gozo le das, le infundes fortaleza,
Y el rey le envidia en medio su grandeza.

XX.

¡Salud, infatigable mediadora,
Arca santa de amor y poesia,
O música del alma encantadora,
Emblema del pudor, Virgen Marial
A tu nombre, que mágica atesora,
Se embelesan en cándida alegría
Y se bañan en luz los corazones
Y toda boca exhala bendiciones!

XXI.

Hierve ya innumerable muchedumbre
De Josafat en el recinto estrecho:
Generaciones mil que en podredumbre
Siglos yacieron en terreno lecho,
Sus ojos bañan nueva vez en lumbre,
El aire nueva vez llena su pecho,
Y todas por destino inevitable
Vienen á oír sentencia irrevocable.

XXII.

Los que en Babel sin entenderse hab'aron,
 Los que tenaces en Alí creyeron,
 Los que á Cristo entre llamas ensilzaron,
 Los voluptuosos que en Sodoma ardieron,
 Los que en naves el mar atravesaron
 Con humo que aguas fértiles cedieron.
 Héroes y monstruos, ricos é indigentes,
 El fallo en calma esperan ó trementes.

XXIII.

Con faz do brilla júbilo sereno,
 Sutil el cuerpo, á par de lumin so,
 Se ven los héroes que, con pecho lleno
 De entusiasmo sublime y férroso,
 La justicia acalaron, que en el cieno
 Magullada lanzára el poderoso,
 Y por doblarle humildes la rodilla
 Presen'aron el cuel o á la cuchilla.

(Se continuará.)



El marasmo de nuestra literatura es un hecho tan notorio como triste, que no por explicarse fácilmente, deja de ser funesto. Cuando la política y las gravísimas cuestiones con ella enlazadas, preocupan todas las inteligencias, es un verdadero acontecimiento la publicación de una obra literaria escrita con la conciencia y elevación propias, de quien cultiva honrosamente las letras, en este caso se encuentra nuestro joven y querido amigo D. Vicente Barrantes, autor de una bellísima novela, que con el título de JUAN DE PADILLA, ha empezado á publicarse.

Nuestra amistad con el señor Barrantes no consiente que dedique-

mos un largo artículo á examinarla, pues aunque la conocemos en su totalidad, creeríase que tratábamos de prevenir la opinión del público, en favor de una obra, que no necesita extrañas alabanzas, porque ella misma es su recomendación. Sin embargo, al anunciar en el SEMANARIO esta linda novela, tenemos el deber de dejar consignado que en ella encontrará el lector exactas y filosóficas apreciaciones del período acaso mas importante de nuestra historia; caracteres admirablemente dibujados; pasiones manejadas con rara habilidad; escenas de infinita ternura; y un estilo fácil y elegante á veces, y á veces enérgico y elevado, y siempre castizo y puro.

MADRID.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO é ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometreco 26.